This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

G868.73
P396t

[redacted]

2 G868.73 P396T LAC
2

G868.73
P396t

LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY OF TEXAS

THE GENARO GARCÍA
COLLECTION

V^a 4 - 47

TROVAS

COLOMBINAS

POR

JOSÉ PEON Y CONTRERAS.

LIBRARY
UNIV OF TEXAS

MÉXICO:
IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE,
BAJOS DE SAN AGUSTIN, N. 1.

1881

198527

Es propiedad del autor con arreglo á la ley.

México, Abril de 1881.

A LA SOCIEDAD

COLOMBINA ONUBENSE.

HUELVA.

José Peon y Contreras.

LIBRARY
UNIV. OF TEXAS

Cristóbal Colon.

I.

Espíritu gigante que otros mundos
en el espacio habitas,
torna al sepulcro que tu cárcel guarda
y dale forma á tu inmortal ceniza.

Despierta, y otra vez mendigo y loco
arrástrate y camina;
vuelve á poner sobre tu frente augusta
la corona de rosas y de espinas.

Vuelva á vagar sobre tu mudo labio
sardónica sonrisa;
que la estúpida plebe te escarnezca;
que la ignorancia torpe te maldiga.

Hiera otra vez tu corazon sencillo
el arma de la envidia,
y torrentes de lágrimas, á solas,
mane en silencio la profunda herida.

Vuelva á cruzar por los iberos campos
tu sombra fugitiva,
miéntras te burla en los salones régios,
necia y audaz, la cortesana grita.

Torna á tender sobre la mar inquieta
la poderosa vista;
tu llanto beba la arenosa playa,
y que besen tu sien auras marinas.

Y sulca al fin los piélagos ignotos
en la arbolada quilla,
y triunfa.... Y al rumor de tus cadenas
caiga en el polvo mi dorada lira.

II.

Al mediar de la noche silenciosa
á la pálida luz de las estrellas,
vagaba por los mares lusitanos
una hermosa galera genovesa.

Iba de corso. El timonel velaba
viendo brillar el fósforo en la estela....
De repente paróse, gritó: —"fuego:"
y el fuego apareció sobre cubierta.

III.

Ardia envuelta la galera en llamas,
no léjos de la costa;
ase un marino el remo con la diestra
y al hondo mar se arroja.

Lucha tenaz y con sobrado aliento
hiende las bravas olas,
y pisa al cabo con segura planta
riberas de Lisboa.

Dirige luego la mirada al cielo,
serena y melancólica,
y la vuelve á la mar, y la dilata
por su llanura lóbrega.

Las ondas á la tierra devolvian
al genio de las ondas;
la mar lo rechazaba. ¡Y para el náufrago,
era la tierra poca!

IV.

Alto, robusto, varonil semblante
por noble, seductor;
la tez, un dia transparente y blanca,
tostada del sol;

Blondo el cabello, por el tiempo cano,
tal vez por el dolor;
su madre patria, Génova; su nombre
CRISTÓBAL COLON.

V.

El que á solas en su hogar
con la soledad se encierra,
sus penas no ha de contar,
ni á las flores en la tierra
ni á las olas en la mar.

Acaso sienta bullir
en su mente un pensamiento
que en su mente ha de morir,
pues en tan hondo aislamiento
¿á quién se lo va á decir?

No les ha de revelar
sus penas y sus temores,
pues no le han de contestar,
si está en la tierra, las flores,
ni las olas, si en la mar.

Vuelve á la tierra la flor
y la ola al mar, y al horror
del pasado, el sufrimiento;
y vuelve á el alma el lamento
que á el alma arranca el dolor.

Que el que á solas en su hogar
con la soledad se encierra,
sus penas no ha de contar,
ni á las flores en la tierra,
ni á las olas en la mar.

VI.

No está la nube en los espacios sola
ni viven solas en el mar las algas;
y en el humano pecho
sola se muere de dolor el ánima.

Las olas se reclinan en las olas,
y las ramas del árbol en las ramas,
y en el agreste nido
se entretejen las alas con las alas.

El alma tierna de Colon un día
gimiendo en triste soledad ingrata,
halló por su ventura
el alma compañera de su alma.

Y flores tuvo la escarpada peña,
y blancos lirios la infecunda playa,
y la celeste bóveda
limpia y azul se reflejó en las aguas.

Brilló la luz de la perdida estrella
en la lóbrega noche de borrasca,
y penetró su rayo
en el sombrío corazon del nauta.

VII.

Despues de la luz, la noche
envuelta en niebla sombría;
despues del placer, las tristes
lágrimas en la mejilla.
Bajo los pétalos blancos
de la flor, la aguda espina;
bajo las rosas, el polvo
de las rosas de otros días.
Junto al azahar de la boda,
inmortales amarillas;
junto á la cuna, la huesa;
junto á la nada, la vida.

198527

VIII.

Dichosa mansion, dichosa
si no la nubla el pesar.
¡Qué hermosa es la luz, qué hermosa
en el cielo del hogar!

En el hogar, lo mismo que en el cielo,
hay tambien un crepúsculo sombrío;
el cielo moja de rocío el suelo,
y son en el hogar como rocío
las lágrimas del duelo.

¡Qué triste mansion, qué triste
cuando la nubla el pesar!
¡Colon de negro viste
el cielo de su hogar!

IX.

Bajo del sáuce tétrico,
la sepultura cubre
su oscuro seno, con mullido césped
y con lirios azules.

Con una cruz tristísima,
entre otras tristes cruces,
señalan todos el postrero sitio
de los que ya no sufren.

Colon, lloroso y pálido,
en hora amarga y lúgubre
el sitio señaló donde dormia
su compañera dulce.

Y allí bañado en lágrimas
miró la tumba fúnebre,
cubrir su seno con mullido césped
y con lirios azules.

X.

Al borde de un sepulcro, de rodillas
estaba Colon,
y tambien de rodillas, y á su lado,
un vástago en flor.

Un niño que tenia en la mirada
amarga afliccion:

y sin consuelo y entre acerbas quejas
lloraban los dos.

Y hubo un instante de dolor sin nombre,
de inmenso dolor,
en que el nauta se alzó de la tumba
y el niño se alzó.

Y del labio inocente escapóse
sencilla oracion,
y de la boca varonil y trémula
un himno de amor.

XI.

"¡Amor, mi amor! Celeste mensajera
del dulce bien y la esperanza mia,
de tu edad en la dulce primavera
te vi rodar bajo la tierra fria;
amor, amor, en mi ilusion primera
inagotable fuente de alegría;
purísimo raudal que apuré ansioso
más que agora infelice, venturoso.

"¿Adónde voy, errante peregrino,
sin sombra, sin amparo, sin consuelo?
Murieron yá las flores del camino,
se apagaron las lámparas del cielo:
sobre mí poderoso torbellino
las nubes amontona en denso velo;
la soledad mi espíritu amedrenta,
y ruge en mis oídos la tormenta.

"Si escuchara tu voz, Felipa mía,
vibrante como música sonora,
renacieran la paz y la alegría
del que sin paz sus alegrías llora;
renacieran las flores que tejía
al risueño alborar de blanca aurora,
con que anudaba los perdidos lazos,
embriagado de amor entre tus brazos.

"¿Y era un sueño no más tanta ventura?
¿Fantástica ilusion, belleza tanta?
Al través de esa losa helada y dura,
que al golpe de mi pecho se quebranta,
la imágen de tu pálida hermosura
pienso que ante mis ojos se levanta,
y de nuevo suavísima y tranquila,
arde la luz del cielo en tu pupila.

"Parece que otra vez los dos unidos
con las caricias de tu amor profundo,
soñamos de placer embebecidos,
en hallar para el mundo un nuevo mundo.
Delirantes, acaso, los sentidos,
el espíritu inquieto y vagabundo,
dejábamos volar el pensamiento
libre y altivo en la region del viento.

"Mas hoy ¿qué resta de placer tan vivo?
De tan fugaz placer ¿yá qué nos queda?
Movió su rueda el porvenir esquivo
y á los dos nos hundió bajo su rueda.
Errante, desdichado, fugitivo,
miéntras la duda el corazon hospeda,
iré sin guía, sin timon, sin norte,
de lugar en lugar, de córte en córte.

"Mas donde quiera que me arrastre el hado
renovarán nuestra sencilla historia,
las dulces horas que pasé á tu lado,
fugaces retornando á la memoria.
Presente siempre miraré el pasado;
y ya á la luz ardiente de la gloria,
ó de la sombra al tenebroso abrigo,
tu amor, tu imágen, estarán conmigo.

"Tu amor, sólo tu amor: si el alma mía
cuna le dió de perfumadas flores,
hoy, triste, amortajando su alegría,
cerró mi corazon á los amores.
Y pues lo quiso Dios, la tumba fría
guarde aquí tus encantos seductores,
que, á despecho del tiempo y del olvido,
en mi alma vivirás como has vivido.

"Yo te he de ver en el fulgor postrero
del dia al espirar en mi ventana,
y al fenecer la noche en el lucero
que se pierde á la luz de la mañana;
en el vapor errante y pasajero
que el cielo azul recorta y engalana,
ó al fulgor del relámpago en la nube
que en alas del turbion al éter sube.

"Y cuando logre, al cabo de mi anhelo,
hallar la tierra que soñó mi mente,
y grande al fin, bajo el dosel del cielo,
ante Dios nada más baje la frente,
al detener mi fatigoso vuelo,
en las arenas de la playa ardiente,
veré tu imágen en la nueva orilla
y sentiré tu beso en mi mejilla.

"En tanto, dulce bien, recibe el mio
de mi cariño santo en el exceso."—
Y el noble genovés, grave y sombrío,
de su dolor en las cadenas preso,
cayó de hinojos sobre el césped frío,
y en él dejando el doloroso beso
que repitió la noche en són lejano,
partió, llevando al niño de la mano.

XII.

Al misterioso impulso del destino
cruza Colon un áspero camino,
en alas de su loca inspiracion.
¡Pobre marino!
¡Pobre Colon!

En Portugal dejó cuanto quería;
no supo Portugal lo que tenía:
Portugal no lo supo por su mal:
no supo que perdía
su gloria Portugal.

Como arista que lanza el torbellino,
así lanzado el triste peregrino
abandonó una noche su mansion.
¡Pobre marino!
¡Pobre Colon!

XIII.

Con Dios que los acompaña,
y su amor y su cariño,
van, con ansiedad extraña,
solos un hombre y un niño
cruzando tierra de España.

Van hácia Huelva, del cielo
y de su suerte á merced:
siente el hombre un hondo anhelo,
y el niño en su desconsuelo
hambre tiene, y tiene sed.

¡Ay! Y entónces quiso Dios
que en aquel triste momento
llegaran, de amparo en pos,
á las puertas de un convento
desfallecidos los dos.

Era la Rábida.... Era
triste y sombrío por fuera,
y por dentro triste y serio,
el vetusto monasterio
que años há que los espera.

Que apénas, tras el pesar
de sus congojas testigo,
llamaron, —sin vacilar
abrió un hermano el postigo
para dejarlos entrar.

Y entraron; y en su alegría
se olvidan de la pasada
y mortal melancolía....
¡Puesto que Dios es su guía,
Dios los lleva á su morada!

Diéronle al niño sustento,
al alma contentamiento;
y de dulce paz gozando,
durmióse en el lecho blando
de una sala del convento.

Y á Colon, como el mejor
alivio á su acerba pena,
le conducen, por favor,
á la celda del prior
Fray Juan Pérez de Marchena.

XIV.

Leyó el fraile en los ojos del marino:
sondeó el marino el corazon del fraile:
Juan Pérez de Marchena miró al genio:
Colon absorto contemplaba al ángel.
Lo que aquellos dos hombres se dijeron
en aquella mirada, Dios lo sabe:
eso que sólo el pensamiento escribe
no lo guarda la historia en sus anales.
Colon le dió un tesoro al franciscano
encerrado en una arca impenetrable.
Miró Marchena el arca, y para abrirla
al nauta genovés le dió la llave.

XV.

En pavoroso aislamiento
se mira el sagrado muro,
y solitario y oscuro
el interior del convento.
Una ráfaga de viento,
á grandes pausas, gemía
en la estrecha celosía,
ó al penetrar en las rejas
destartaladas y viejas
de la ruinosa arquería.

De pronto un rumor se oyó
como el de abrirse una puerta,
y al fulgor de luz incierta,
un hombre al claustro salió.
Paso á paso atravesó,
como una sombra ligera,
tras una y otra escalera,
uno y otro apartamiento,
sin que el débil eco lento
de su pisada se oyera.

Como un timbre funeral
que los espacios recorre,
sonó la una en la torre
de la iglesia conventual.
De su puerta hasta el umbral
llegó el hombre; reverente
mojó su mano en la fuente
bendita; apagó la luz,
y la señal de la cruz
se hizo, rezando, en la frente.

Despues, respetoso y grave,
en el templo penetró;
rezando siempre, avanzó
bajo la sagrada nave;
y ante una luz, que süave
lánguida y triste esparcía
sobre el altar en que ardía
vagos resplandores rojos,
cayó en el suelo de hinojos,
en mitad de la crujía.

Inmóvil, meditabundo,
quedóse allí, sumergido,
y aletargado el sentido
en un éxtasis profundo.

Allí, muy léjos del mundo
en donde la infamia medra,
donde al espíritu arredra
huracan vertiginoso,
permaneció silencioso
como una estátua de piedra.

¿Breve el tiempo? ¿El tiempo largo
pasó para él? ¿Gozaba,
ó del dolor apuraba
impío cáliz amargo?....
Salió al fin de su letargo,
y tras la muda oracion
que en honda contemplacion,
tal vez alivió su duelo,
alzó los ojos, y al cielo
elevó su corazon.

"Señor, yo vengo á tí; yo estoy perdido
del bosque en la espesura:
su lobreguez medrosa me anonada,
sus vastas soledades me dan miedo.

"Yo vago errante en la extension inmensa
de procelosos mares,
y me estremezco de mirarme solo,
entregado á los vientos y las olas.

"Dále, Señor, al ánima turbada
tu aliento poderoso;
busco una senda que dirija al llano,
busco un bajel que me conduzca al puerto.

"La fé, como esa lámpara bendita,
arde perenne en mi alma;
no la apagues jamás, y de contino
arda su luz hasta en mi tumba lóbrega.

"Yo presiento, Señor, la amarga lucha
que el porvenir me guarda;
yo sé que en mi cerebro hay una idea
que siento que no cábe en mi cerebro.

"Mas tú, Señor, que la comprendes sólo,
porque de tí me vino,
dame arrojo y bravura en la batalla,
no me abandones en la heróica empresa.

"Yo me humillo ante tí; yo nada valgo;
es tuyo cuanto pienso;
haz que aparezca un día ante mis ojos
ese mundo que al fin es todo tuyo.

"Tú no engendras la duda, tú afirmaste
en mi alma la creencia;

y no ha de ser mentira lo que creo,
que yo por tí lo creo, y tú no mientes.

"Yo sé que la verdad está escondida,
como está en este instante
el rayo ardiente de la luz febea,
que en breves horas lucirá su aurora.

"Un rayo de ese sol sé que algun dia,
tal vez no muy lejano,
alumbrará, brillando ante mis ojos,
de ignota playa la húmeda ribera.

"Yo quiero en esa playa que tu nombre
se escape de mi labio;
quiero, Señor, de hinojos bendecirle;
y no quiero morir sin que así sea."

Calló Colon. En seguida
se levantó satisfecho,
cual si sintiera en el pecho
más vigor y nueva vida:
como el que juzga escondida
la senda y la vuelve á hallar,
como el que torna á encontrar
el tesoro que perdió,
así del templo salió
en que le vimos entrar.

XVI.

Marchena le dió una carta
A Colon, le dió dineros,
humilde cabalgadura,
y su amor y sus consejos:
con el médico Fernández
y el tierno niño y un lego,
acompañóle hasta el atrio,
dándole valor y aliento.
Le dijo que atendería
en su ausencia al pequeñuelo;
y el genovés, pesaroso
y feliz á un mismo tiempo,
aprisionando una lágrima
en el fondo de su pecho,
rumbo á la córte de España
se alejó del monasterio.

XVII.

Fantasma que recorres los espacios,
impetuoso huracán,
hay una roca en que tus negras alas
se estrellan al pasar.

Bajel perdido que las aguas cortas
del anchuroso mar,
hay una playa que en su arena ardiente
la tumba te abrirá.

Y tú, gigante pensamiento, idea
que corres al azar,
para atajar tu paso y sepultarte
está la humanidad.

XVIII.

Las nubes que amontona
la tempestad, le sirven de corona
á su pálida frente,
que avara esconde portentosa idea.
Hay un abismo en su mirada ardiente,
y el rayo en el abismo centellea.
¿Adónde vá? ¿Qué quiere? ¿Quién le ayuda
á penetrar un misterioso arcano?
Él mismo desfallece, él mismo duda,
y lleva en su conciencia un océano.
En él sin rumbo ni timon navega
su propio pensamiento.

¡Ay del que al fin de su esperanza llega!
¿Adónde le conduce el sufrimiento?
¿Delira? No lo sabe.
Colon no sabe en el dolor profundo
de su inmensa tristeza,
si ese mundo que sueña está en el mundo
ó lo lleva no más en la cabeza.

XIX.

Sobre las ondas de la mar humana,
en el mar de la vida,
conduce el náuta con segura mano
su frágil navecilla.

Es la fé su timon; su vela, el genio;
el Salvador su guía,
¡el que sacando á Pedro de las olas
le condujo á la orilla!

XX.

¡Flores para el alma, flores
para el pobre corazon!
Sin consuelo, sin amores,
sólo siente los horrores
de la desesperacion.

Tal vez nace en él un puro,
dulce recuerdo de ayer,
como en las grietas del muro
triste, ruinoso y oscuro,
suele una hierba nacer.

Tal vez exhala un lamento
de dolor; del sentimiento
melancólico gemido
que sube al cielo, perdido
entre las ondas del viento.

Nada en su suerte fatal
á mirar siquiera alcanza
que alivie su ansia mortal;
y entre un velo funeral
se disipa su esperanza.

Todo angustia, todo pena;
más que la pena, el martirio
que el espíritu envenena,
y á la razon enajena
en horroroso delirio.

Y así pasa tras un día,
otro día, y en eterno
padecer, la noche impía;
y con ella la agonía
espantosa de un infierno.

Siempre esperando el albor
hermoso de la mañana;
siempre el tormento mayor,
y más cercano el dolor,
y la dicha más lejana.

Tal vez reposa un momento,
al rigor del sufrimiento,
la débil materia inerme....
¡Mas si la materia duerme,
nunca duerme el pensamiento!

XXI.

Pasa en la humana marea
lo que en el revuelto ponto:
siempre la espuma está arriba,
nunca hay espuma en el fondo.

Para lograr una empresa
es un siglo tiempo corto,
si para ella, al fin lograda,
es la eternidad un soplo.

Guardó Dios el pensamiento
como en un sepulcro lóbrego,
y nadie ha visto pensar
ni á los cuerdos ni á los locos.

Encierra tus pensamientos
allá muy hondo, muy hondo,
y á nadie se los descubras
si no piensas como todos.

Por el camino más breve
nunca preguntes: tú solo

sabrás, midiendo tus fuerzas,
por cuál se llega más pronto.

Si no han de entenderte, nunca
muestres tu idea á los otros,
que el que quiera ver al sol
tiene que cerrar los ojos.

Nada importa que murmuren;
nada que te llamen loco;
si Dios te da fé.... ¡Ya sabes
que Dios está sobre todo!

XXII.

"Como Venecia y Portugal, España,
quédate con tus reyes y tus sabios,
pues que creyeron fábula ó patraña
lo que acertaron á decir mis labios:
nada llevo de tí, no me acompaña
ni el recuerdo cruel de tus agravios:
nunca mi pecho de rencores supo:
¡en él no más la desventura cupo!

"Tal vez otro monarca en otra tierra
pueda abarcar mi extraño pensamiento,
que la fé que el Señor en mi alma encierra
no se apaga en mi alma ni un momento;
ni el porvenir mi corazon aterra,
ni mi espíritu apoca el sufrimiento;
que en la tierra ó el mar, tras mi destino,
no han de faltarme aliento ni camino."

XXIII.

Esto dijo Colon frente al soberbio
alcázar de Granada,
donde estaban los reyes de Castilla,
donde la córte estaba.

Y lanzando un suspiro que en el pecho
su corazon desgarra,
salió de la ciudad, enderezando
á Córdoba su marcha.

Iba á contar al huérfano inocente,
su múltiple desgracia,
que el niño con Fray Pérez hace tiempo
que lo espera en la Rábida.

Iba triste, muy triste; le dolía
perder sus esperanzas,
abandonar sus ilusiones todas,
abandonar á España.

De repente paróse y oyó el eco
de un corcel que volaba.
Y sospechó, riendo de alborozo,
que él era á quien buscaban.

XXIV.

—¿Seguísme?
—Sí.
—¡Voto á tal!
—Os esperan.
—Podrá ser:
¿quién me espera?
—Una mujer
en el Palacio Real.
—No es á mí, por vida mia.
—¿Sois Colon?
—El mismo soy;
y, ya lo estais viendo, voy
camino de Andalucía.

Y ni me quiero volver
ni sobra para eso espacio,
ni con damas de palacio
tengo yo nada que ver.
—¿Irme sin vos? No, en mal hora,
ni sé que os podais negar;
que quien os manda llamar
es la Reina mi señora.
—¿La Reina?
—En su nombre vengo.
—¿Que yo retorne á Granada?
Si os burláis, con esta espada
de haceros pedazos tengo.
—Os juro que hablo formal.
—En ese caso ya os sigo.
—Bien, señor, iréis conmigo
hasta el Palacio Real.

XXV.

Sobre un cojin de púrpura y de oro
sentada está Isabel, gloria de España:
la que al Rey de Aragon trajo á Castilla,
la que arrojó á los moros de Granada.

Entre sus manos de marfil y rosa
le está dando de vueltas á una carta,
firmada por Fray Pérez de Marchena
y escrita en el convento de la Rábida.
Delante de Isabel, alta la frente,
á raudales vertiendo la palabra,
y con segura mano y firme pulso,
trazando extrañas líneas en un mapa,
se ve á Colon radiante de alegría,
escondiendo en su pecho la desgracia,
y en un trono más alto que los tronos
sentando altiva la soberbia planta.
Así le vió Isabel, la reina hermosa
que en las alas del genio arrebatada,
las ondas cruza de revueltos mares,
la arena pisa de remota playa;
el madero del Gólgota contempla,
de extraño clima en la region lejana,
en las torres erguidas de los templos
y en la cumbre glacial de las montañas.
Y tornando á Colon el rostro augusto
con poderoso acento exclamó: "Basta:
pues que España te niega sus tesoros
yo quiero darle mi tesoro á España.
He de fundir mi cetro y mi corona,
he de vender mis joyas y mis galas:

y en el nombre de Dios y de Fernando
extiende el cerco de mi noble patria."
Dijo, y dejando por su labio rojo
vagar una sonrisa de esperanza,
dióle á besar al genovés la mano
y se alejó ligera de la estancia....
Quedó Colon confuso unos instantes,
dudando si vivía ó si soñaba,
si era aquella mujer del otro mundo
portentosa vision, ángel-fantasma.
Y al fin entre la turba palaciega
salió, sacando de la régia cámara,
envueltas en la carta de Fray Pérez,
las joyas de la augusta soberana.

XXVI.

Del riguroso invierno al frío hálito,
las flores en el polvo morirán:
no importa, que del polvo
mañana nacerán.

El sol, tras de las horas del crepúsculo,
su luz en la tiniebla ocultará:
no importa, en la tiniebla
mañana brillará.

XXVII.

Perdido navegante,
suspira sin ventura,
y ve la luz del día
lucir de nuevo tras la noche oscura.

Se sacan del sepulcro
los restos del finado;
pero otra vez se llena
con otros restos, el sepulcro helado.

Su mústia gala, el monte
en verde manto trueca;
y el agua de las lluvias
torna á correr en la barranca seca.

XXVIII.

Despues del mediodía,
bajaba del zenit el sol ardiente,
y en el muelle de Pálos se veía
muchedumbre de gente.

Sollozos al quebranto
en su vuelo arrancaban los instantes,
y el ángel del dolor bañaba en llanto
los pálidos semblantes.

Todo era allí cariños,
y ternísimas frases, y consejos;
y estaban mudos de pesar los niños,
y de terror los viejos.

Se van unos valientes,
se van á conquistar tierras extrañas.
¡Quién sabe lo que guarde á aquellas gentes
el mar en sus entrañas!

—"Se van con un marino,
que á conducirlos por la mar se atreve;
y dicen que él no más sabe el camino.
¡Que Dios con bien lo lleve!

"Su vida estima en poco.
A otros con él á perecer no obligue.
Que el cielo le perdone, si está loco;
si nó, que le castigue.

"En frágiles maderos
al furor de los mares los expone.

¡Ay! Si ellos en morir son los primeros
¡que Dios se lo perdone!

"En su anhelar profundo
es navegar su pensamiento fijo:
dicen que á nadie tiene en este mundo,
que sólo tiene un hijo.

"Que en la Rábida un día
el pobre niño se quedó llorando:
y le dijo el cruel que volvería.
Eso.... ¡quién sabe cuándo!"—

Los padres, los hermanos
así murmuran, y su seno hieren;
y enclavijan los dedos de sus manos
las madres que se mueren.

Tristísimas y graves
recuerdan sus pasados regocijos,
con los ojos clavados en las naves
donde se van sus hijos.

Todo en el muelle es pena,
tristeza, confusion, duelo y espanto:
ninguno al ruego el corazon serena,
no hay tregua para el llanto.

Ninguno tiene el alma
exenta de amargura y desconsuelo:
sólo el cielo y Colon están en calma;
Colon no más y el cielo.

XXIX.

¿Dónde van las carabelas?
¿Dónde van?
Del puerto salieron,
gaviotas del mar;
del puerto han salido; si el genio las guía,
al puerto algun día tál vez volverán.

XXX.

Dios es el genio.... Dios en los espacios
sentado está sobre su excelso trono:
duerme el rayo á sus piés y encadenada
ruge la tempestad con eco ronco.

En tanto el sol, con ardorosa lumbre,
dora las cimas del salobre ponto,
y tres naves en él van empujadas
del manso viento al abrasado soplo.

Tres naves silenciosas.... Iba en una
el mendigo infeliz, el necio, el loco.
Él en Dios tiene puesto el pensamiento,
Dios no aparta los ojos del piloto.

XXXI.

¡Qué triste es quedarse triste!
Qué triste es quedarse solo!
La soledad en el alma,
las lágrimas en los ojos,
los recuerdos del pasado
para levantarse prontos,
como muertos que se álzan
de su sarcófago lóbrego.

XXXII.

Del piélago cruzando la llanura,
viento en popa hácia Oéste, á todo andar,
al encuentro incesante de las ondas
las carabelas van.

Por delante la mar, y por los lados
la mar; y por detrás:
arriba el cielo azul y majestoso:
por doquiera la doble inmensidad.

La duda en el abismo de los pechos,
la muerte en el abismo de la mar:
sólo Colon sabia en dónde estaban
la vida y la verdad.

XXXIII.

Rugió la tempestad, un pardo velo
tendió sobre las aguas turbulentas;
ni una ráfaga azul quedó en el cielo,
y retronó la voz de las tormentas.

Las naves se retiran
las unas de las otras de repente,
y los marinos cual fantasmas giran
sobre las tablas débiles del puente.

De pánico beodos,
ninguno el ánsia del valor sentia,
y acobardados se agitaban todos
bajo el fuego celeste que caía.

La eléctrica descarga, los latidos
del corazon ahoga dentro el pecho,
y dominan las ondas, impelidos
por el furor del temporal deshecho.

Al rayo esperan en mortal desmayo:
áun Franklin no nacía;
andaba suelto el rayo;
no estaba encadenado todavía.

XXXIV.

La tormenta pasó, y en breves horas
la mar tornóse azul, y azul el cielo;
empero allí en el fondo de las naves,
que cruzaban el piélago sereno,
bajo la roja blusa del marino,
en el abismo del cobarde pecho,
sin una sola nube en el espacio,
sin que se oyera rebramar el trueno,
más fiera, más adusta, más terrible,
sorda la tempestad siguió rugiendo.

XXXV.

"No es cierto: era quimera:
ese hombre nos engaña....
Muera Colon; que á nuestras manos muera;
y virémos de rumbo para España....

Mas si le damos muerte;
si el mar en tumba fría
para el audaz piloto se convierte,
¿quién á la patria nuestras naves guía?"

Inmóvil y sombrío,
Colon junto á la prora
ve que corta las olas el navío,
esperando la luz de cada aurora.

Hasta él trae la brisa
las iras de su gente,
y dilata su labio una sonrisa,
y se tiñe de púrpura su frente.

XXXVI.

Crece el motin; el descontento crece;
relucen en las manos los aceros,
y á Colon, que de angustia se estremece,
torvos se acercan y amenazan fieros.

Sienten despues el ánima cobarde,
y tiemblan un instante á su presencia;
que en sus miradas poderosas arde
el último fulgor de la demencia.

Áun murmuran sus quejas, sus agravios;
todo es allí para calmarlos poco:
de súbito el terror sella los labios....
¡por la postrera vez va á hablar el loco!

XXXVII.

"Dentro del tercero día,
si no aparece la tierra,
la prora rumbo hácia España
volverán mis carabelas."

Dijo Colon á su gente
con voz tranquila y resuelta;
y en el lejano horizonte
clavó la vista serena,
como si allí contemplara,
entre el vapor de la niebla,
de un mundo desconocido
la fantástica ribera.

XXXVIII.

Cesaron los clamores, los denuestos,
la torpe algarabía;
y ansiosos en sus puestos
esperan todos el tercero día.

XXXIX.

¿Colon sujeta el ala de los vientos
sobre la mar bravía?
¿Él traza el curso á la corriente ráuda
bajo la dura quilla?

¿Él, al tiempo fugaz que en el pasado
las horas precipita,
en el vértigo loco de su orgullo
señala la medida?

¿Descorre acaso el tenebroso manto
de la tiniebla fría,
y en luz baña, á su antojo, de los orbes
las bóvedas sombrías?

XL.

Temblando sobre la prora
Colon absorto se pára,
y de rodillas cae, y se extasía,
lo mismo que en el templo de la Rábida.

Acaso en hondo misterio
siente cautiva su alma;
y mide con la vista los espacios,
y agoniza en su pecho la esperanza.

De pronto, cree que mira
claridad de luz lejana,
y vagos y dudosos resplandores,
y en la tiniebla negra, nubes blancas.

Tal se le figura un trono
que en los aires se levanta,
y en el trono la imágen de María,
de estrellas y luceros circundada.

Es su Reina, su Señora;
es la Vírgen soberana,
la Emperatriz del orbe, que aparece
bajo el dosel de su soberbio alcázar.

Colon se descubre, y dobla
al suelo la frente pálida;
y un cántico se escapa de su labio,
y de sus tristes ojos una lágrima.

XLI.

"Vírgen, Madre de Dios, agora alcanzo
lo mucho que te adoro.
Yo sé que no es verdad lo que estoy viendo,
y sin ser la verdad, te ven mis ojos.

"Desde niño, Señora, me enseñaron
á amarte sobre todo:
y por eso el horror de la congoja
vienes á mitigar en tu devoto.

"Muchas veces te he visto de mi pecho
alzarte en lo más hondo;
y agora mismo dudo si estás fuera,
ó aquí en mi corazon se alza tu trono.

"¡Oh! Tú creíste, Madre, que perdía
el rumbo tu piloto;
y á señalarle el rumbo te apareces
en la desierta soledad del ponto.

"Por eso adonde estás, mi débil leño
camina en viento próspero.
¡Ya sé que me acompañas; y esas gentes,
que se olvidan de tí, me juzgan solo!

XLII.

La vision desparece;
rueda la noche en lobreguez hundida,
y vé Colon cruzar en el espacio,
por la mano de un hombre conducida,
una pálida luz.

¡Una luz! ¿Deliraba?
¿Misteriosa ilusion se la fingía;
ó de la noche en las espaldas negras,
era el joyel brillante que prendía
el lóbrego capuz?

XLIII.

Gritaron: ¡tierra!.... ¡Tierra!
repite el onda de la mar salada,
y lo repite el viento
que azota el trapo y en las vergas canta.
El tosco maderámen
"tierra" dice tambien cuando restalla
bajo el convulso paso
del noble genovés, que nunca pára;
que piensa que delira;
que enjuga en sus mejillas una lágrima;
que el párpado restrega:
y mira y le parece que le engañan
sus ojos, y le burlan;
y los eleva al cielo, al mar los baja,

en torno los revuelve,
y con la frente sudorosa y pálida,
los fija en la ribera
que ve á lo léjos como nube blanca.
Y permanece inmoble;
en la blanca ribera la mirada;
el pasado infortunio
en el olvido; en su Creador el alma;
en el futuro envuelta
con la luz de la gloria su esperanza;
y el pensamiento todo,
todo su pensamiento, allá en España.

XLIV.

Y Colon hasta entónces no existía:
Colon era un fantasma, era el hermoso
sueño de delirante fantasía.
Era la mar la cuna del coloso;
y en el momento aquél, Colon nacía.

XLV.

De un lado al otro lado,
de una blanca ribera á otra ribera,
de un mundo al otro mundo,
¿quién la noticia portentosa lleva?

¡Ay, si al volver á España
tiende la tempestad sus alas negras!
¡Si se abre el hondo abismo,
y si sepulta el mar las carabelas!

XLVI.

Abierto está el teatro
para la edad futura.
Nadie lo sabe aún.... ¡Duermen los mártires,
duermen tambien los héroes en la cuna!

XLVII.

Tú solo, ¡oh sol de gloria!
el testigo inmortal de la alta empresa,
iluminaste á un tiempo en aquel día
de entrambos mundos la llanura inmensa.

Tal vez á un tiempo mismo
proyectabas dos sombras en la arena:
¡la sombra de Fray Juan sobre una orilla,
la de Colon sobre la orilla opuesta!

XLVIII.

Lo mismo que el dolor es la alegría
que al ánima da enojos,
la paz al pecho roba y roba el sueño
á los cansados ojos.

Es de Colon inmensa la ventura,
y su poder es tanto,
que á un tiempo rie y por su rostro corre
á raudales el llanto.

Tiende la noche sobre el mar dormido
su parda niebla fría,
y Colon se retira hácia su cámara
de la "Santa María."

Se revuelve en el lecho sin descanso,
sin encontrar reposo,
y las horas avanzan sobre el tiempo
sereno y majestoso.

Cierra el náuta los ojos; se figura
que ya regresa á España,
y que innúmero séquito, á la córte
le sigue y le acompaña.

Que está delante del augusto trono
de los augustos reyes,
y les enseña el ejemplar primero
de las indianas greyes.

Que los monarcas de la tierra goda
se sientan á su lado,
y él, igual á los reyes, bajo el sólio,
se encuentra levantado.

Que por doquier en villas y ciudades
se oye su nombre sólo,

y la sonora trompa sus proezas
cuenta de polo á polo.

Que en áureos caractéres, en los libros
su triunfo se pregona,
y más que la de césares augustos
es grande su corona.

Luego creé Colon que ante sus ojos
se extiende negro velo;
que se nubla su frente y que se nubla
el limpio azul del cielo.

Que más que la del mar fiera y terrible,
ruda tormenta crece;
y que su nave azota y cabe el trono
naufraga, y que perece.

Que mira airado el rostro de los reyes,
y que sañudos mira
los rostros cortesanos, y la córte
contra su honor conspira.

Que siente ya que su valor decae,
y gime, y se atribula,
y el frío soplo de la huesa helada
por sus venas circula.

Y la envidia le ahoga entre sus brazos,
y la calumnia horrenda
abre sus ojos y en los otros ojos
anuda infame venda.

Y se siente morir, siente las ansias
horribles de la muerte.
Ante él, soñando, ¿el velo se corría
de su futura suerte?

¿Llegaba acaso hasta el confin lejano
del árido camino,
y en su espantosa desnudez miraba,
en sueños, al destino?

¡Ojalá que muriera en aquel lecho
de la "Santa María!"
Colon no más soñaba con la muerte.
¡No más! Colon dormía.

UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS

3025245501

0 5917 3025245501